

EL OTRO JESÚS

ANTONIO PIÑERO

EL OTRO JESÚS
Vida de Jesús según los
evangelios apócrifos

Herder

Este título ha sido publicado anteriormente por la editorial El Almendro
bajo el ISBN: 84-8005-009-8

Diseño de la cubierta: PURPLEPRINT creative

© 1993, Antonio Piñero

© 2016, Herder Editorial, S.L., Barcelona

ISBN: 978-84-254-3939-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Imprenta: Servicepoint

Depósito legal: B-5287-2018

Impreso en España – Printed in Spain

Herder

www.herdereditorial.com

*A mis amigos todos
de Chipiona y Sanlúcar de Barrameda*

CONTENIDO

Prólogo	11
Cap. I. ¿De dónde viene este muchacho?	15
Cap. II. El prodigioso nacimiento del héroe	31
Cap. III. Días de gloria y persecución	47
Cap. IV. Un retorno azaroso. El final de José	67
Cap. V. Andares y peripecias	87
Cap. VI. Jesús, las mujeres y el sexo	105
Cap. VII. Una tragedia anunciada	117
Cap. VIII. Descenso a los infiernos	131
Cap. IX. El final de los perseguidores. La dormición de María.	149
Cap. X. Las enseñanzas secretas de Jesús	161
Epílogo	179
Bibliografía	185

PROLOGO

Las vidas de Jesús según el relato de los evangelios canónicos se cuentan por centenares desde la Edad Media. Las modernas vidas-ficción, novelas auténticas o anoveladas, frutos casi en su totalidad de la imaginación de sus autores, son también muy numerosas, y en nuestro siglo se han multiplicado sobremanera¹. Pero, a nuestro entender, no existe todavía ninguna vida de Jesús que se apoye exclusivamente en las fuentes evangélicas apócrifas, es decir, no recibidas como «canónicas» o «inspiradas». Este libro pretende colmar este hueco y presentar al lector de un modo sistemático la imagen de Jesús que de ellas se desprende: cómo se imaginaban que habían transcurrido los avatares de la vida de Jesús los diversos autores o grupos cuyos «evangelios» no fueron aceptados en el canon. Algunos de estos escritos —que son la base exclusiva de nuestra historia— son realmente vetustos, desde luego de mediados del siglo II d.C., y manejaron tradiciones que en algún aspecto competían con las canónicas debido a su venerable antigüedad. Nos parece que el momento que vivimos es un tiempo adecuado para la aparición de esta «vida» por el interés que suscitan las ocultas, presumiblemente succulentas, informaciones que sobre el personaje Jesús puedan aportar los evangelios apócrifos. El lector observará y juzgará por sí mismo en qué grado pueden enriquecer o transmutar la imagen que de este personaje había podido concebir leyendo críticamente las fuentes aceptadas como canónicas, fundamentalmente los tres primeros evangelios llamados «sinópticos». También, de paso, podrá formarse una idea sobre el debatido tema

¹ Cf. E. Miret Magdalena, «Modernos evangelios apócrifos. El Jesús de la ciencia-ficción», en A. Piñero (ed.) *Las fuentes del cristianismo. Tradiciones primitivas sobre Jesús*, Córdoba, El Almendro, 1992, cap. 12, y el muy reciente Premio Planeta *La prueba del laberinto*, de F. Sánchez Dragó.

del ocultamiento sospechoso por parte de las diversas Iglesias, en especial la católica, de estas fuentes, por el temor de que puedan descubrir ante los lectores una imagen de Jesús más atractiva que la ofrecida comúnmente a sus fieles en la predicación o en los libros de lectura espiritual que reinterpretan la imagen de Jesús presentada en los evangelios canónicos. Cuando se llegue a las páginas finales de este libro nos volveremos a plantear de nuevo la misma cuestión y será el propio lector quien podrá responderla.

Las obras que nos sirven de base para esta «vida» proceden de muy diversos lugares de la cuenca del Mediterráneo y no fueron compuestas en una misma época. Su datación va desde el siglo II hasta mediados del VIII (para algunos apócrifos asuncionistas), pero incluso estas más tardías conservan o se desarrollan en torno a un núcleo de historias y tradiciones que proceden de mucho antes, quizá del III o IV. Nos basamos, pues, en textos muy antiguos y venerables por lo general. En muchos momentos tales fuentes contienen informaciones imposibles de casar entre sí, pues son simplemente contradictorias. En tales casos hemos optado por seguir la línea más general de entre el fárrago de documentos, o la tendencia más sugerente.

No voy a poner de mi imaginación casi nada que no esté sustentado en los textos. El lector encontrará en las brevísimas notas a pie de página una sucinta información de la fuente que apoya cada una de nuestras afirmaciones; con ello podrá controlarlas e incluso ampliarlas. Sí me he tomado el esfuerzo de añadir un capítulo que en vano se encontrará de modo sistemático en ninguno de nuestros evangelios apócrifos; con un lenguaje lo más diáfano posible he procurado aclarar cuál es el núcleo de las doctrinas esotéricas que trajo a los hombres este otro Jesús. En el capítulo final, «Las enseñanzas secretas de Jesús», encontrará el lector una síntesis de las claves que explican la «gnosis» —ese mensaje reservado y oculto para la mayoría que aporta el otro Jesús, el Revelador gnóstico— tal como la entendieron y propalaron especímenes muy notables de las obras apócrifas.

Soy consciente de la deuda contraída con las anotaciones y trabajos indagatorios de autores como A. de Santos, M. Erbetta, B. Bagatti-F. García Martínez, y los recogidos en la obra colectiva de W. Schneemelcher, cuya reseña encontrará el lector en la muy selecta bibliografía que adjuntamos. También debo reconocer públicamente mi deuda con la impresionante obra de madura erudición que supone el trabajo, ya bien entrado en años (1909), de

W. Bauer, *Das Leben Jesu im Zeitalter der neutestamentlichen Apokryphen*, Tubinga (Mohr); *reimpreso por la Wissenschaftliche Buchgesellschaft de Darmstadt en 1967 (citado WB)*. El acopio de datos es inmenso, y hasta hoy no ha sido superado. Lástima que lo críptico de su escritura (no vertida al español; además, las citas griegas, latinas, etc., no aparecen traducidas al alemán), y el inmenso y vetusto aparato científico que la acompaña aterricen a la mayoría de sus potenciales lectores.

ANTONIO PIÑERO

Universidad Complutense de Madrid

CAPÍTULO I

¿DE DONDE VIENE ESTE MUCHACHO?

En un pueblo pobre y perdido en las suaves colinas de Galilea habitaba una familia feliz. Nadie entre los contemporáneos conocía en realidad la existencia de ese poblado fuera de los habitantes de las villas limítrofes: tan poca importancia tenía. Su nombre, sin embargo, habría de hacerse con el tiempo extraordinariamente famoso: Nazaret. En él residía una humilde familia con un solo hijo, a quien habían puesto por nombre Jesús, es decir, la «salvación de Dios».

Una vez, cuando tenía unos cinco años de edad, caminaba este Jesús por una de las callejuelas del pueblo, y un muchacho que venía corriendo por la misma calle fue a chocar contra sus espaldas. Jesús sintió un fuerte dolor por el golpe y se irritó. El jovencito había detenido su carrera confundido también un tanto por la colisión. Jesús se volvió con furia hacia él y le dijo:

—No proseguirás tu camino.

Inmediatamente cayó muerto al suelo el alocado rapaz. Los padres del niño difunto se acercaron enfurecidísimos a José y comenzaron a increparle duramente:

—Teniendo un hijo como éste —le decían—, una de dos: o no puedes vivir con nosotros en este pueblo, o tienes que acostumbrar a tu hijo a no maldecir, sino a bendecir. Fíjate lo que ha hecho con nuestro hijo.

Los padres estaban tan indignados que les faltó poco para golpear a José, pero por el momento se contuvieron y se dirigieron al jefe de la sinagoga. Otras personas, que participaban de la indignación de los padres del muchacho muerto, se quedaron cerca de la casa de Jesús, esperando acontecimientos. Entonces José llamó al niño, que había vuelto a casa, y, tembloroso, le amonestó de este modo:

—¿Por qué haces tales cosas? Con ello sólo logras que nos odien y nos persigan.

Jesús le respondió:

—Bien sé que estas palabras no proceden de ti; algún mal espíritu te las habrá inspirado. Mas por respeto a tu persona callaré. Pero esos otros, en cambio, recibirán su castigo.

Y en el mismo momento quedaron ciegos los que habían hablado mal de él. Los testigos de la escena se llenaron de pavor y perplejidad. José no se contuvo y cogió a Jesús de una oreja y le tiró de ella fuertemente. El muchacho se indignó con él y le dijo:

—Tú ya tienes bastante con buscar y no encontrar. Realmente, haciéndome esto, te has portado con poca cordura. No me seas causa de aflicción ¹.

Jesús miró alrededor y percibió la indignación de todos contra él. Para evitar un seguro altercado, tomó al rapazuelo difunto de la oreja, lo suspendió en el aire y se puso a hablar con él, con lo que volvió el espíritu a su cuerpo y revivió ².

Algunos viandantes que vieron todo lo sucedido se dijeron espantados: «¿De dónde habrá venido este muchacho que todas sus palabras resultan hechos consumados?»

Sin duda alguna, también a nosotros nos gustaría hallar respuesta a esta pregunta. De hecho, entre los viejos manuscritos que nos ha legado la Antigüedad se hallan algunos que pueden ayudarnos en esta empresa. Vamos a consultarlos pacientemente y a descubrir qué nos dicen sobre este Jesús de tan tremebundos y contundentes poderes. Pero para trazar una imagen completa debemos retroceder en el tiempo y comenzar por el principio. Veamos cuáles eran sus antepasados y sus primeros pasos, tal como nos los descubren esos vetustos escritos hoy casi olvidados.

Según cuentan los antiguos archivos de las doce tribus de Israel, vivía en Jerusalén un hombre joven, riquísimo, por nombre Joaquín; era temeroso de Dios y excedía en piedad a todos sus contemporáneos. Sus ofrendas al Templo eran siempre el doble de las de los demás ³, y de sus bienes hacía usualmente

¹ *Evangelio del Pseudo Tomás*, 4,1-5,3.

² *Evangelio del Pseudo Mateo*, 29.

³ *Protoevang. de Santiago*, 22, 1.

tres partes; se quedaba tan sólo con una de ellas, y el resto lo distribuía entre las viudas, huérfanos, pobres y personal consagrado al Templo de Jerusalén. Dios le recompensaba duplicando su hacienda, de modo que llegó a poseer enormes rebaños. Cuando tuvo veinte años tomó por mujer a Ana, hija de Isacar, que pertenecía a su misma tribu: eran ambos de estirpe davídica. Pero tras otros veinte años de matrimonio no tuvo de ella descendencia ⁴.

Por aquel tiempo llegó el gran día de la fiesta de la recolección, en otoño, en la que se leía la Ley de Dios ante el pueblo, y se hacían tabernáculos de paja y ramaje como los que se disponen usualmente en los huertos. Se evocaban así los campamentos de Israel en el desierto y se rememoraba la alianza con Dios, de modo que la gente recordara siempre su condición de peregrinos en una tierra otorgada graciosamente por Yahvé. Joaquín subió un día de la fiesta al templo a ofrecer sus dones ⁵. Entonces el sacerdote Isacar, al observar que Joaquín se mezclaba con los varones que habían tenido descendencia, le reprendió así:

—No te es lícito ofrecer el primero tus ofrendas, por cuanto no has suscitado un vástago en Israel. Probablemente Dios te considera indigno de tener posteridad. Si escudriñas bien la Escritura, verás que Dios declara maldito a quien no hubiere engendrado varón en Israel ⁶.

Joaquín quedó abochornado y perplejo ante esta notable injuria pronunciada en presencia de tantos y tantos del pueblo. Aunque de hecho no había en la Ley ningún pasaje que justificara semejante exabrupto y podría haberse defendido, Joaquín se retiró muerto de vergüenza, anonadado por tamaño agravio. Consultó algunos archivos y cayó en la cuenta de que, en verdad, los grandes personajes de Israel no habían sido condenados a la esterilidad. Todos habían tenido descendencia de un modo u otro. Ante semejante constatación, ni siquiera se atrevió a comparecer ante su mujer, sino que, afligido, se retiró cansina y tristemente a una zona semidesértica donde pastaban sus rebaños. Plantó allí su tienda, junto a la de sus jornaleros, y ayunó cuarenta días y cuarenta noches. Se decía a sí mismo: «No tomaré alimento hasta que Dios me visite. Que mi oración me sirva de

⁴ *Evangelio del Pseudo Mateo*, 2.

⁵ *Protoevang. de Santiago*, 1,2.

⁶ *Nacimiento de María*, 2,2.

comida y bebida»⁷. Durante cinco meses no volvió a dar señales de vida ante Ana su esposa.

La buena mujer vivía entre sollozos. Elevaba su voz al cielo y se quejaba a Dios con estas palabras: «¿Por qué después de negarme los hijos me arrebatas también al marido? Ya van para cinco los meses que no lo veo. Ni siquiera sé si ha muerto y si podré darle, al menos, sepultura». Paseaba desesperada por el jardín de su casa, cuando en cierto momento alcanzó a ver a unos pájaros posados en un laurel. La visión de los animalillos le hizo prorrumper en amargos lamentos: «¡Dios omnipotente! Tú que has dado hijos a toda creatura, a las aves del cielo, a las bestias de la tierra, a los peces en las aguas, ¿vas a excluirme solamente a mí de tu benignidad? Tú conoces el voto que hice al contraer matrimonio. Si me hubieras concedido un hijo o una hija, te lo habría ofrecido en tu Templo santo»⁸.

Su doncella, Judit, con la que más confianza tenía y que sabía perfectamente de su pena, intentaba consolarla. Procuraba levantarle el ánimo y le decía:

—Tenemos a las puertas una gran fiesta, como sabes. ¿Hasta cuándo vas a estar humillando tu alma? Cambia tus vestidos. Tócate con este pañuelo de cabeza que me ha regalado la dueña de un telar (y que yo no puedo llevar, pues no soy libre) y regocíjate.

Pero Ana le contestaba con una negativa desabrida. Al poco, sin embargo, dejándose persuadir, mudó sus vestidos de luto, bajó de sus aposentos otra vez al jardín y se puso a pasear de nuevo para aliviar sus penas⁹. Entonces un ángel de Dios se manifestó de repente ante ella. Le dijo:

—No temas, Ana, ni creas que es un fantasma lo que tienes a tu vista. Soy el ángel que presenta vuestras oraciones ante Dios. El Altísimo ha determinado que tengas un vástago, objeto de admiración por todos los siglos hasta el fin¹⁰.

El ángel le prometió también que su prole sería consagrada al servicio del Señor en el Templo de la santa ciudad, en donde El mismo dispondría de ella en el momento oportuno. Pero Ana no acababa de creérselo, y quedó asustada y temblorosa por

⁷ *Protoevang. de Santiago*, 1,4.

⁸ *Evangelio del Pseudo Mateo*, 2,2.

⁹ *Protoevang. de Santiago*, 2,4.

¹⁰ *Nacimiento de María*, 4,1

haber contemplado una aparición semejante. Se tendió en su lecho y permaneció allí todo el día y la noche, orando y llorando aún con mayor intensidad ¹¹, dudando si lo acaecido era una burla o realidad.

Por aquel mismo tiempo apareció un cierto joven deambulando por las montañas en las que Joaquín apacentaba sus rebaños. Se acercó a él y le dirigió así la palabra:

—¿Por qué no vuelves al lado de tu esposa?

Aunque no lo conocía en absoluto, Joaquín sintió en su corazón confianza respecto al joven y le explicó sus razones, insistiendo en el oprobio de su esterilidad. El adolescente le respondió:

—No temas. Soy un ángel de Dios que hoy me he dejado ver también de tu mujer. El Señor ha escuchado tu plegaria. Tu esposa concebirá y dará a luz una prole bendita. Tan es así, que nadie podrá decir que en los tiempos pasados hubo alguna semejante a ella. Ni siquiera habrá en el futuro quien pueda comparársele, te lo aseguro. Baja de estas montañas y corre al lado de tu mujer.

Joaquín quedó por un momento estupefacto, pero reaccionó rápidamente; creyó en el dicho del ángel e invitó a éste a permanecer un poco más de tiempo con él, tomando parte en su mesa. Rehusó el espíritu, argumentando que su comida era muy otra, pero que ya que se sentía generoso, podía ofrecer a Dios en sacrificio lo que iba a gastar en el banquete. Así lo hizo Joaquín, y ordenó traer al momento diez corderos y doce terneras. Al ofrecer su holocausto, juntamente con el perfume y el humo de éste se elevó el ángel al cielo ¹². Joaquín deshizo con presteza su tienda y se puso en camino hacia su casa.

Al poco tiempo de que sucedieran estas cosas, dos mensajeros llegaron con un recado para Ana:

—Date prisa, sube a la puerta Aurea, pues Joaquín, tu marido, está de vuelta con sus rebaños. Un ángel del Señor ha descendido hasta él y le ha prometido que vas a concebir en tu seno.

Al llegar Joaquín con su comitiva de zagales, pastores y rebaños, estaba ya Ana aguardando en la puerta. Al divisar a su marido entre la polvareda, echó a correr y se abalanzó a su cuello, emocionada y temblorosa. Le dijo:

¹¹ *Evangelio del Pseudo Mateo*, 2,4.

¹² *Evangelio del Pseudo Mateo*, 3,2-4.

—Ahora veo que Dios me ha bendecido copiosamente, pues dejè de ser viuda y voy a concebir en mi seno.

El marido la abrazó también tiernamente, y se fue con ella. Y Joaquín reposó aquella noche junto a su mujer en su casa ¹³.

Al poco tiempo notó Ana los signos naturales de la gravidez. Joaquín, lleno de alegría, llamó a uno de sus pastores y le ordenó:

—Tráeme diez corderas sin mancha, para el Templo del Señor, y doce terneras de leche, para los sacerdotes y el Sanedrín. Al pueblo le haré un regalo de cien cabritos.

Al día siguiente sus criados acarrearón al templo estos dones. El pueblo allí congregado se sentía admirado y bendecía a Joaquín: «Sea loado el Dios de Israel que ha cumplido tus deseos». El buen hombre, ya ante el sacerdote y durante el sacrificio de sus ofrendas, prometió en su corazón que el fruto de sus entrañas habría de ser consagrado a Dios: «Señor de Israel», decía en su interior, «ya que has escuchado a tu siervo, te devolveré aquello que me concedas, ya sea varón o hembra. Permanecerá en tu templo, a tu servicio, toda su vida». Cuando el sacerdote se aprestaba a degollar en el altar al último cordero, ocurrió un inmenso prodigio: penetró el cuchillo profundamente en el blando cuello del animal, pero de él no salió sangre, sino blanca leche. El preste, inspirado por el Espíritu, vaticinó así volviéndose hacia Joaquín:

—Esta leche que brota de la arteria es signo de que tu prole será un niña, una virgen impecable y santa que será madre del rey de Israel.

El sacrificio concluyó y Joaquín volvió a su casa. Transcurrían los días pacíficamente, y se le cumplió a Ana su tiempo; sin dolores ni apreturas dio a luz en la habitación más recogida de la casa. Preguntó a la comadrona que le asistía:

—¿Qué he traído al mundo?

Esta le respondió:

—Has dado a luz a un hija bellísima, radiante y espléndida, sin mácula alguna.

Ana sintió una alegría inmensa, como una especie de fuego en su interior. Entonces elevó así su voz:

—Bendito sea el Dios de Israel que ha escuchado las súplicas de sus siervos.

Ana comenzó a darle el pecho y la niña crecía de día en día

¹³ *Protoevang. de Santiago*, 4,4.